
EL DÍA DE LA TOMA DE LA TOGA VIRIL

Aulo se detuvo delante de una de las numerosas ancianas que, aquel día, en honor del dios **Líber**, deambulaban por las calles de la ciudad vendiendo a los paseantes pequeñas tortas hechas de harina mezclada con miel y aceite.

- Eso son tres **sextercios**, para el dios - dijo la vieja con una sonrisa que descubrió sus mandíbulas desdentadas.

Llevaba una corona de hiedra, y Aulo pensó que era ciertamente el único día del año en que sus cabellos grises iban adornados. Aulo le tendió las monedas.

- Gracias, noble senador - dijo la anciana, pues bajo el manto de Aulo había advertido las bandas púrpuras. Y ¡que este día sea un día de fiesta!

- Lo que dices no puede ser más oportuno - se sintió impulsado a contestar Aulo. Dentro de una hora, mi hijo tomará la **toga viril**.

- ¡Que sea feliz!

Como lo quería la costumbre, la anciana tomó un trozo de torta y lo puso sobre un pequeño altar que llevaba colgado a la espalda por medio de una banda de gastado cuero. Ella continuó diciendo:

- ¡Que **Líber** proteja también a tu hijo y a todos aquellos que, como él, van a despojarse de la **toga praetexta**!

La anciana se volvió y se alejó cojeando, el altar bailoteando sobre sus delgadas caderas. En la calle, la gente distribuía mesas y sillas en el umbral de sus puertas. La tradición disponía que el día de las **Liberalias** debía comerse fuera.

Para Lucio, esta jornada marcaría un segundo nacimiento. Hasta entonces, aparte de sus padres, había sido sobre todo **Minerva**, diosa del estudio, a menudo representada con un olivo como atributo, quien había presidido su vida. Hoy salía oficialmente de la infancia y entraba en la Ciudad romana.

La víspera, antes de acostarse, había plegado cuidadosamente la vestimenta de su infancia, la **toga praetexta** bordada de rojo. Ésta se parecía a la que llevaban los magistrados; los niños debían ser tan respetados como los más altos personajes de la República. Esta mañana, la llevaba por última vez.

Su padre abrió la puerta de la habitación, después de haberla golpeado con el pie:

- ¿Estás listo? Me he levantado antes que nadie para salir a la calle y asegurarme de que todos mis seguidores estaban allí. Tu madre está también levantada desde hace mucho. Publio, su mujer y Aurelia, así como numerosos amigos, te esperan en el atrio.

Lucio le respondió con un aire grave:

-Estoy listo, Aulo.

Lucio se esforzaba en parecer lo más digno posible, y copiaba su actitud de la de su padre.

Salió de su habitación y atravesó el atrio con paso lento y un poco rígido. Terencia, cuyo cutis había comenzado a marchitarse por el paso de los años, pero cuyo porte conservaba su nobleza, experimentaba orgullo mezclado de tristeza. Aulo dice que nuestros hijos nos perpetúan, pensó, pero nosotros, nosotros los perdemos de todos modos. Como hoy, cuando se convierten en hombres, y después cuando nuestra vida toca a su término y tenemos que partir para el reino de los muertos. No podía evitar pensar en **las Parcas**. Se dijo a sí misma: Yo te suplico, **Átropos**, tú que pones fin a nuestros días, que no les pongas término a los de mi Lucio antes de tiempo. Si te es posible, pide a **Laquesis** que enrolle más rápido en su rueca el hilo de mi propia vida, siempre que la vida de Lucio se alargue igualmente.

Sus ojos se humedecieron, una lágrima se deslizó por su mejilla. Se recobró. Éste tenía que ser un día de alegría. Pero no lograba ahuyentar la angustia sorda que la dominaba, y que se parecía a la que experimentaba antes de los días de las **Larvas**.

Lucio se detuvo delante del altar doméstico. Se quitó la **toga praetexta**, y tomó respetuosamente la vestimenta que Aulo le tendió. La **toga viril** era totalmente blanca. La llamaban también la toga pura, o la toga libre, porque era inmaculada y marcaba el acceso a la única libertad que existía verdaderamente, la del ciudadano. Antes de envolver ampliamente su cuerpo con ella, Lucio deshizo el collar en que estaba colgada la bola de oro que su padre le había dado dieciséis años antes (la **bullā**), y la depositó sobre el altar, dedicándola a los **Lares**. Había llegado el momento de salir por la ciudad. Lucio se dirigió a la puerta. Marchaba en primer lugar. Aulo le seguía. Mientras viviese, su padre conservaría su autoridad sobre él, pero de ahora en adelante, lo trataría de hombre a hombre.

Un centenar de personas los esperaban. Se oyeron numerosos gritos de alegría cuando se abrió la puerta dando paso a Lucio. De inmediato, protegidos y amigos formaron un cortejo.

Lucio y su padre encabezaban la caravana y, lentamente, empezaron a caminar. El camino pasaba delante de algunas de las más bellas mansiones de Roma. Algunos aristócratas comenzaban a gustar de los jardines. En el **Palatino**, faltaba espacio para instalarlos. Así, **Escipión Emiliano** había establecido su residencia al pie del **Quirinal**, cerca del **Campo de Marte**, y la había rodeado de un verdadero parque. Toda Roma hablaba de ello apenas estrenaron el lugar. Antes de iniciar el descenso hacia la **Via Sacra**, Aulo lanzó una breve ojeada al templo de la **Gran Madre**, erigido un siglo antes para albergar el ídolo venido de Asia. ¡Qué acto sacrílego haberlo instalado en esta colina sagrada, entre todas las colinas! Felizmente, los templos de la Victoria y de Júpiter Status restablecían el equilibrio.

El pequeño grupo dominaba el centro de Roma. Lucio se detuvo unos instantes para esperar a los retardados. Antes de llegar a la **Via Sacra**, era necesario que el orden del cortejo fuera impecable.

La Roma que se extendía a sus pies no era ni armoniosa ni bella. El paraje encajonado y tortuoso no se prestaba a las construcciones de prestigio. Tres siglos antes, la invasión gala había devastado la ciudad. Las destrucciones habían sido tales que por un momento se había considerado la posibilidad de reconstruir la ciudad en otra parte. Por piedad, el Senado había decidido no abandonar el suelo de los antepasados, pero las casas nuevas se habían edificado sin orden ni proyecto. Allí sólo había barrios irregulares, calles estrechas y sinuosas con casas altas cuyos tejados de maderos y vigas entrecruzadas acentuaban el aspecto triste y sombrío. ¡Era obvio que los que disponían de medios se hubieran instalado en el **Palatino**! A principios del siglo precedente, todo el mundo, en la corte de Filipo de Macedonia, se burlaba aún del aspecto desagradable de la ciudad romana. Muchos templos no eran más que capillas rudimentarias de toba y de madera revestidas de estuco y tierra cocida. Pero el dinero de las conquistas había empezado a afluir. Durante sus campañas de Grecia y de Oriente, los generales romanos habían hecho copiar los planos de los palacios de sus enemigos. Gracias a los esclavos, la mano de obra se había vuelto poco costosa. Hasta entonces el pueblo de Roma sólo había conocido los antiguos templos etruscos que se hundían en el suelo con todo el peso de su arquitectura maciza. Las pinturas de tonos rutilantes era lo único que alegraba sus muros con **acroteras** de tierra cocida y con inquietantes máscaras de **Gorgona**. Los ojos tuvieron que acostumbrarse al surgimiento de las columnas griegas: a la robustez del **dórico**, semejante a la de un hombre en su plenitud, sucedió pronto la grácil feminidad de los órdenes **jónico** y **corintio**. Los arquitectos griegos dibujaban en ranuras y estrías los pliegues ligeros de las ropas de piedra y entrelazaban las **volutas** de los **capiteles** como si fuesen muchas joyas adornando las cabelleras de los dioses. El ladrillo cocido y la piedra empezaron a reemplazar la madera.

Cinco años después de la censura de Catón, se levantó el primer puente de piedra que cruzaba el **Tíber**. Tres décadas más tarde, el **censor** C. Casio Longino construía sobre las pendientes del **Palatino** un teatro de piedra, que fue demolido casi de inmediato bajo la presión del partido conservador. Si se le permitía al pueblo disponer de edificios permanentes de vasta superficie, donde se podía reunir a voluntad, se crearía a través de los mismos las condiciones para la sedición, decían los conservadores.

A pesar de ellos, Roma había cobrado un aspecto nuevo. Por todas partes surgían pórticos, jardines y santuarios. Pero después de la crisis de los **Gracos**, el partido reaccionario había puesto término a todos estos cambios. Cuando el **cónsul** Opimio, el que había izado a sus matones contra Cayo Graco, había hecho restaurar el templo de la Concordia para celebrar el asesinato del tribuno, había ordenado que se utilizaran los materiales tradicionales: la toba, el estuco, la madera y la tierra cocida. Los arquitectos no debían copiar el arte griego. Por otra parte, exceptuando las mansiones del **Palatino**, sólo los monumentos públicos se habían beneficiado de esos embellecimientos. Las casas donde vivía la gente del pueblo continuaban siendo tan sórdidas como antes. El hábitat se había vuelto incluso peor, pues había sido preciso construir en altura mientras los campesinos quedaban hacinados. La mirada tropezaba con las *insulae*, edificios de gran tamaño donde hormigueaba la plebe. En los barrios más miserables, los de Subur y del Velabre, al norte y al sur del Foro, vivían no sólo los pobres, sino también los marginados y los criminales. La prostitución allí se vinculaba con negocios más o menos clandestinos. También se podía comer más barato que en otras partes: las mercancías y las vestimentas robadas en los otros mercados de la ciudad se revendían allí a bajo precio. Lo peor estaba más lejos, en el barrio del **Trastévere**, en la ribera derecha del Tíber. Era el reino de los extranjeros sin un sextercio en el bolsillo, de los forajidos en búsqueda de malos golpes. Durante el día, esta ralea maldita de dioses y de hombres atravesaba el Tíber para cometer sus rapiñas en el centro de la ciudad. Volvían a sus cuchitriles a la caída del día, cuando no dormían en los cementerios y en los bosques sagrados, donde ningún ciudadano se habría aventurado durante la noche. Felizmente, el **Trastévere** estaba fuera de la ciudad. Pero desde las nobles mansiones del **Palatino** se percibía muy bien el Subur. Aulo y los de su rango no estaban molestos por ello: los ojos de los nobles, ofuscados en sus casas por la mancha más pequeña, soportaban alegremente fuera de ellas los callejones sucios y embarrados, la mugre de los viandantes, la vista de los inmuebles con paredes desconchadas y agrietadas. Las *insulae* del monte **Caelio** estaban, no obstante, muy próximas al **Palatino**.

Al volverse para comprobar que el cortejo estuviera al fin formado correctamente, Lucio posó sus ojos unos instantes sobre las ruinas de un inmueble, uno de los más altos que se habían construido hasta entonces. Aulo y sus amigos se habían quejado de este vecindario incongruente: muy pronto los plebeyos podrían ver hasta el interior de sus casas. Los **augures** mismos habían venido en su auxilio: cuando tomaban los **auspicios** en el Capitolio, los últimos pisos del inmueble les impedían ver bien. Lo habían hecho demoler, y sus ocupantes habían partido para aposentarse sobre el **Aventino**, al otro lado del Gran Circo.

El cortejo se puso en movimiento y llegó al pie de la cuesta del **Palatino**. Continuó por la **Via Sacra**: iba a lo largo de los lugares más santos de la ciudad. Desde hacía mucho tiempo, solamente los peatones tenían el derecho de circular por allí. En carro sólo podían pasar los **Vestales**, las sacerdotisas de los grandes cultos y los personajes más ilustres, que habían recibido este rarísimo privilegio. Lucio y su escolta bordearon primeramente un edificio rectangular: la Casa de las **Vestales**. En su centro las columnatas encuadraban un vasto patio interior con el piso bordeado por una galería. Las habitaciones donde vivían las **Vestales** se abrían a este patio. Las más grandes familias deseaban que sus hijas habitaran allí un día: la función de Vestal era la más alta distinción a la cual podía llegar una mujer. En la calle, incluso los cónsules debían cederles el paso, y los condenados a muerte que se cruzaban con ellas por casualidad en su camino eran perdonados. Tenían que mantener el fuego sagrado en el templo, y se exigía de ellas la más grande pureza. Las impías culpables de haber tenido relaciones sexuales eran emparedadas vivas. El Sumo

Pontífice moraba al otro lado de la calle, en la **Regia**. Allí, junto con su colegio de sacerdotes, preparaba la redacción del calendario distinguiendo los días fastos y nefastos y estableciendo las reglas que convenía seguir para ofrecer sacrificios.

El cortejo dejó tras de sí la casa de las **Vestales** y llegó delante del templo de los **Dioscuros**. Cuatro siglos antes, los etruscos y los pueblos del **Lacio** se habían aliado contra la pequeña ciudad romana. Durante la batalla decisiva, dos jóvenes más bellos que ningún mortal, y de una altura extraordinaria, cabalgando, lanza en ristre, a la cabeza de la caballería romana, habían hecho huir al enemigo por su valor y destreza en la lucha. Casi al mismo tiempo, dos adolescentes muy parecidos habían llevado a beber junto al Foro, en la fuente de Saturno, a sus caballos chorreantes de sudor. Tras haber anunciado la victoria, habían desaparecido como por ensalmo. Eran los **Dioscuros**, los semidioses **Cástor** y **Pólux**.

Lucio hizo señas al cortejo para que se detuviese. Quería recapacitar. El recuerdo de esos acontecimientos lo llenaban de tal emoción que prestaba escasa atención al vaivén de los mirones bajo las columnas del templo, invadidas por los mostradores de los banqueros. Justamente bajo el porche ocupaba un lugar destacado la oficina de pesas y medidas, donde los clientes de los orfebres instalados en la **Via Sacra** venían a hacer verificar sus compras. Los templos no servían únicamente para celebrar el culto de los dioses: el Senado se reunía allí a veces, y se instalaban frecuentemente oficinas y comercios.

Lucio retomó su marcha. La multitud era ahora más densa, pues el cortejo había llegado al **Foro**. No era el único que había tomado la toga viril: aquí y allí se veían muchachos de su edad rodeados de sus padres que cumplían los mismos ritos. Pero su cortejo era el más imponente. Detrás de Aulo y de él iban Publio y algunos miembros del Senado, llevando las imágenes, provistas de las insignias de su dignidad y de sus collares de oro. A continuación venían las gentes de menor rango, en los que se veía, no obstante, por la arrogancia en la mirada y la calidad de sus vestiduras, que se contaban entre los mejores ciudadanos. Incluso el grueso del grupo, formado por plebeyos, tenía un aspecto orgulloso. Aulo había tenido cuidado la víspera de hacer distribuir a todo el mundo togas nuevas.

Lucio aminoró el paso. El cortejo había llegado al centro de la plaza. Era allí donde todos debían distinguir particularmente su presencia, donde sus rasgos se grabarían en la memoria de los demás, como las máscaras de cera que llevaban Aulo y sus amigos.

El **Foro** era el centro de la vida política. En el extremo de su lado derecho se encontraba la Piedra Negra (**lapis niger**). Se decía que Rómulo descansaba bajo esta losa de mármol. Lucio caminó con paso medido a lo largo de la basílica Semproniana, construida por el padre de los Gracos. Era un gran edificio de dos pisos, con múltiples homacinas, llenas de estatuas de personajes célebres. La **basílica** de Catón, quince años más antigua, estaba entre el **Capitolio** y la **Curia**. Finalmente, la **basílica Emiliana**, erigida en el lado norte del **Foro**, completaba su aire majestuoso. El interior de estos edificios se distribuía en grandes salas bordeadas de columnatas. Allí se administraba justicia, y se desarrollaban reuniones políticas. A los paseantes y a los curiosos les gustaba recorrerlas. Muchos de ellos se ponían en cuclillas al pie de las columnas y permanecían allí sin hacer nada, o jugando a los dados. Lucio había llegado a los primeros escalones del **templo de la Concordia**. Hizo signo a su escolta de detenerse. Desde allí, dominaba el **Foro**. El templo se llamaba así porque simbolizaba la comunidad de destino entre todos los ciudadanos, fueran ricos o pobres. Al lado, pero un poco retirado, se levantaba el **templo de Saturno**, venerado como uno de los santuarios más antiguos de Roma. En el interior se conservaba la antigua efigie del dios, untada de olivo y rodeada de bandas de lana. En el imponente basamento del templo, una sala albergaba el Tesoro Público. Todos aquellos que estaban frente a Lucio y miraban, unos con respeto, otros con envidia, el aparato del que estaba rodeado, no pasaban por el **Foro** para ir a los templos para cumplir con sus deberes con los dioses, o a tratar negocios importantes en las basílicas. Siempre había habido pocos ricos en Roma y la piedad auténtica se perdía. No, la marea humana que se acercaba a los edificios sagrados no hacía más que pasar: los unos iban por las novedades, los otros paseaban delante de las tiendas. En la calle de los Toscanos o la de Argileta, que desembocaban en el **Foro**, las prostitutas llamaban a los clientes exhibiendo sus senos y sus piernas.

Pero en este preciso instante, sobre la escalinata del **templo de la Concordia**, Lucio no veía nada de todo esto. Envueltos en sus togas púrpuras y blancas, los senadores de la ciudad más grande del mundo lo rodeaban. Transportado por la gloria del instante, no veía en la multitud que pasaba a sus pies más que al pueblo romano congregado para honrarlo, y todas las imágenes de gloria, aprendidas desde el alba de su vida, se mezclaban en su espíritu. Su infancia se terminaba en ese mismo minuto. Nacía uno de los futuros maestros de la República.

Tuvieron que partir demasiado rápidamente. Los sacerdotes los esperaban en el templo del **Capitolio**. El cortejo bordeó el pie de la colina y subieron por una larga escalera, tallada en la misma roca, que conducía a una vasta explanada, salpicada de pequeños monumentos votivos. Entre los arcos de triunfo, se veía el de **Escipión el Africano**, decorado con siete estatuas de bronce dorado. Lucio se dirigió al edificio principal, el **templo de Júpiter Capitolino**. Las columnas eran de mármol blanco del Pentélico, el techo cubierto de tejas de bronce dorado. Las puertas bordadas de láminas de oro se abrieron ante Lucio. Entró en el templo y le inscribieron en las listas del censo. A partir de entonces, era un hombre.

Norbert Rouland, Laureles de Ceniza (páginas 43-50). Edit. Edhasa, Barcelona 1.990.